

## QUINTÍN RACIONERO CARMONA

### In Memoriam

Quiero cumplir aquí el grato y a la vez triste cometido de evocar la figura de un amigo que se nos ha ido cuanto todavía esperábamos de él muchas y muy buenas cosas. No he sido de sus más íntimos allegados, pero también dice mucho de una persona que haya dejado huellas indelebles en los que le conocimos y tratamos ocasionalmente.

La primera vez fue con motivo de uno de esos lances académicos que la mayoría de las veces conviene olvidar lo antes posible. Acaba de sacar mi cátedra y el bombo me designó juez de otra, convocada por la Universidad Complutense. Los concursantes se llamaban entonces “opositores”, lo cual casi era una confesión de *darwinismo social*: la única forma de hacerse con un puesto bajo el sol consistía en arrebatárselo a otro u otros. Así sigue siendo ahora, aunque hayamos intentado disimularlo un poco. El caso es que entre los que optaban a la plaza figuraba Quintín. Sus ejercicios me llamaron poderosamente la atención por una serie de cualidades que he podido apreciar más tarde en toda su dimensión: prodigiosa memoria, excepcional facilidad palabra, don para dominar las lenguas vivas y muertas, finura excepcional de un espíritu capaz de encontrar el hilo de Ariadna dentro de los complicados laberintos de la filosofía. No en último lugar, ambición a la hora de emprender grandes empresas, acompañada, todo hay que decirlo, de una mezcla de perfeccionismo y desorganización que más de una vez le impidió llevar a término sus designios.

Recuerdo que una parte de la oposición consistía en presentar una investigación original. Quedé asombrado cuando depositó sobre la mesa un *tocho* con una cantidad ingente de traducciones inéditas de Leibniz, asunto que — sin yo saberlo— iba a servir para anudar nuestra futura amistad. Me bastó hojear la memoria para descubrir el valor de aquella aportación. Muchos de aquellos escritos eran lógicos y le llamé la atención sobre el hecho de que en algunos de ellos no se habían puesto los signos y símbolos correspondientes. Me confesó que había llevado el material al encuadernador dos días antes de la convocatoria. No había sabido resignarse a presentar cuatrocientas páginas perfectamente revisadas: tuvieron que ser seiscientas, aunque resultara imposible darles la última mano.

Y es que había en Quintín una especie de *hybris* filosófica, una desmesura que a veces podía convertirse en su peor enemigo, pero que también le daba parte importante de su atractivo como persona y su magnetismo como profesional. Muchos fueron o fuimos contagiados por su entusiasmo, y su idea de hacer una gran edición de Leibniz en nuestro país acabaría siendo asumida por la *Sociedad española Leibniz* que él fundó y que sus sucesivos presidentes, Javier Echeverría y Concha Roldán, han conducido por una senda de brillante ejecutoria. Estos esfuerzos han culminado en el proyecto *Leibniz en español*, propuesto en primera instancia y luego coordinado por Juan Antonio Nicolás. Esta magna empresa, cuya culminación supondrá la edición de más de 20 gruesos volúmenes de los que ya han aparecido 6, inició su andadura tras un simposio que se celebró en Sevilla el año 2002. Quintín fue de los primeros en sumarse a ella, y formó parte del comité encargado de ponerla en marcha. A partir de ese momento nuestro trato fue más asiduo, lo que me llevó a confirmar las buenas impresiones que tenía de él, admirar su originalí-

sima inteligencia, su rigor crítico y no en último lugar el filosófico estoicismo con que sobrellevaba los problemas de salud, que ya por aquellos años le causaban sufrimientos que hubieran podido con espíritus menos templados que el suyo.

No fue la única adversidad que afrontó. El tesón que desplegó a la hora de superarlas sirvió para evidenciar que poseía una voluntad de hierro y una visión lo suficientemente amplia y generosa como para relativizar las miserias de la condición humana. Tengo un recuerdo muy nítido de la última vez que estuve con él, hará unos dos años: se estaba constituyendo la sociedad kantiana y los dos salimos de la sala acuciados por urgencias prostáticas. Con absoluto dominio de sí me comunicó que los médicos desesperaban de atajar el mal que le corroía por dentro. Esta certeza no había conseguido empañar su serenidad, ni su humor, ni su amor a la vida. Es un ejemplo que nos ha seguido dando hasta el final. Para los que somos creyentes, ha sido un testimonio admirable de que la existencia tiene sentido, aunque tantas veces resulte oscuro e indescifrable. Para los que no lo son, supongo que verán en él esa mezcla de escepticismo y fe animal de la que hablaba Santayana. Para todos, una escuela de humanidad, una muestra del callado heroísmo de quien pese a todo siguió sin alardes ni desfallecimientos su camino, insobornablemente fiel a él hasta su íntegro cumplimiento.

Juan Arana